



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 5

CT 117 HISTORIA DE LA IGLESIA II

González, Justo. “La Guerra de los Treinta Años”. En *Historia del cristianismo: obra completa*, 265-274. Miami: Unilit, 2009.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

La Guerra de los Treinta Años

30

¿Dónde, ay, dónde tendremos libertad de presentarnos en público ante el Señor en su propia casa, sin que nuestras vidas peligren por ello?

Sermón protestante de 1638



La última vez que nos ocupamos de la historia religiosa de Alemania, en la Sección Sexta de esta Historia, Carlos V había renunciado a la dignidad imperial, y sus dos sucesores inmediatos, Fernando I y Maximiliano II, habían seguido una política relativamente tolerante hacia los protestantes. Empero la Paz de Augsburgo, que les puso fin a las contiendas religiosas que sacudieron a Alemania en el siglo XVI, no podía durar. Lo que en ella se estipulaba era que cada príncipe o señor, fuera católico o luterano, tendría derecho de practicar su propia religión, y que aquéllos de sus súbditos que no se encontraran a gusto por cuestiones de conciencia podrían emigrar a otro señorío que fuese más de su agrado. Pero aquel acuerdo tenía todavía serias deficiencias. En primer lugar, no se reconocía en él sino a los luteranos, y todos los demás protestantes, entre ellos los calvinistas, serían considerados herejes. En segundo lugar, la libertad de cultos se limitaba a los señores, y el pueblo no tenía otro derecho que el de emigrar. Por último, como parte de aquel tratado se promulgó la “reserva eclesiástica”, según la cual los territorios que estaban bajo el señorío eclesiástico seguirían siendo católicos aun cuando su obispo se hiciera protestante.

Se prepara la tormenta

En 1576 Rodolfo II sucedió a Maximiliano II en el trono imperial. Con ello se anunciaba un cambio de política, pues, mientras Maximiliano había sido tolerante hasta el punto de ser visto como hereje por ambos bandos, el nuevo emperador parecía ser juguete de los jesuitas, que lo habían educado en España. Empero Rodolfo era también un personaje débil e indeciso, y por ello durante los primeros años de su reinado el protestantismo continuó extendiéndose a pesar de la oposición del Emperador.

LA ERA DE LOS DOGMAS Y LAS DUDAS

Los primeros conflictos que a la postre llevaron a la guerra tuvieron lugar en Donauworth. Esta era una ciudad imperial, que como tal contaba con ciertos fueros y privilegios, entre ellos el de decidir acerca de su propia religión, y que había optado por el luteranismo varios años antes. Siguiendo la práctica comúnmente aceptada, a partir de entonces solo se recibió a protestantes como ciudadanos. El resultado fue que prácticamente toda la población era protestante, con la notable excepción de unos monjes a quienes se les permitía el libre ejercicio de su religión, siempre que no molestaran a los ciudadanos con procesiones u otras muestras externas de su fe.

En 1606, por razones que no están del todo claras, pero quizá alentados por la profunda convicción católica del Emperador y sus consejeros, los monjes de Donauworth salieron en procesión. El pueblo los recibió a palos, y los obligó a retirarse de nuevo a su monasterio. Tales encuentros eran frecuentes en el Imperio, y hasta entonces no habían tenido mayores consecuencias. Pero ahora el partido católico se creía listo para tomar medidas más fuertes.

Poco más de un año después del incidente que acabamos de narrar, el duque Maximiliano de Baviera se presentó ante la ciudad con un fuerte ejército. Maximiliano era un católico convencido, que creía que la herejía protestante debía extirparse a sangre y fuego. Armado de un edicto imperial que lo autorizaba a ello, se posesionó de Donauworth y comenzó a obligar a sus habitantes a hacerse católicos.

La reacción no se hizo esperar. A principios de 1608 los protestantes organizaron la Unión Evangélica, con el propósito de defenderse frente a los católicos. Estos respondieron al año siguiente fundando la Liga Católica. De ese modo, el Imperio Alemán parecía quedar dividido en dos bandos. Pero lo cierto era que la Liga Católica era mucho más fuerte que la Unión Evangélica. Muchos príncipes y ciudades protestantes se negaron a formar parte de la Unión, unos por temor a represalias y otros por diferencias teológicas y políticas. La Liga, por su parte, contaba con la hábil dirección de Maximiliano de Baviera, quien logró convencer a varios señores y obispos de la necesidad de proveer fondos para sostener un ejército. Luego, llegado el momento del conflicto armado, no cabía duda de que las huestes católicas resultarían vencedoras.

La Defenestración de Praga

Mientras todo esto sucedía en Alemania, en la vecina Bohemia estaban teniendo lugar acontecimientos no menos notables. Por algún tiempo el Reino de Bohemia, al que pertenecían las provincias de Bohemia, Moravia y Silesia, había sido parte integrante del Imperio. De hecho, los últimos emperadores de la casa de Austria habían residido en Praga, capital del país. Pero, debido en parte a la herencia de los husitas, y en parte a una fuerte inmigración de luteranos alemanes, Bohemia era mayormente protestante. Solo entre la alta nobleza quedaban fuertes núcleos de católicos. Cuando el emperador Rodolfo envió a su hermano Matías a exterminar a los protestantes de Hungría, y fracasó, los bohemios seguían de cerca lo que estaba teniendo lugar en el vecino país. Matías firmó la paz con los protestantes rebeldes en Hungría, pero Rodolfo se negó a confirmarla, pues no quería hacer pacto alguno con los herejes. Matías entonces se rebeló contra su hermano, y pronto contó con el apoyo de Moravia. Para no perder a Bohemia, Rodolfo se vio obligado a firmar

el documento llamado Majestat, que les concedía a los protestantes bohemios toda suerte de garantías. Cuando, poco después, el Emperador trató de invalidar la Majestat, y de vengarse de su hermano, el resultado fue que perdió la partida y se vio obligado a abdicar.

Matías, coronado ahora emperador, decidió trasladar su capital a Viena, en sus estados hereditarios de Austria. Al parecer, una de sus razones fue que no confiaba de los bohemios. Pero en todo caso su decisión aumentó los temores que éstos abrigaban. Era la época en que la Unión Evangélica y la Liga Católica organizaban sus fuerzas en Alemania, y los bohemios sospechaban que pronto se desataría una reacción católica, apoyada por el Emperador. En 1617, este hizo nombrar rey de Bohemia a su sobrino Fernando de Estiria, católico convencido que había sido educado por los jesuitas, y que creía que su misión era acabar con el protestantismo. Pronto las autoridades imperiales y reales empezaron a violar las estipulaciones de la Majestad. Entre los bohemios se hablaba de rebelarse contra el Emperador y su sobrino el Rey. Cuando, en una reunión en Praga, el Consejo Real se negó a prestarles oído a los reparos de los protestantes, éstos se enardecieron, y echaron por la ventana a dos de los principales católicos, que no resultaron malheridos porque cayeron sobre un montón de basura. Ese episodio, que se conoce como la “Defenestración de Praga”, marcó el comienzo de la Guerra de los Treinta Años, probablemente la más cruenta y desastrosa que Europa conoció antes del siglo veinte.

La Guerra en Bohemia

Los rebeldes bohemios eligieron entonces por rey al elector del Palatinado, Federico V. Las razones de su elección fueron varias, pero una de las más importantes fue que ese príncipe parecía contar con el apoyo de fuertes aliados protestantes. Su esposa era hija de Jaime I de Inglaterra (Jaime VI de Escocia), y el propio Federico era además uno de los jefes de la Unión Evangélica. Nombrándole rey, los bohemios esperaban poder contar con el apoyo de los ingleses y de la Unión. Además, Silesia se unió a la rebelión de Bohemia, y algún tiempo después Moravia la siguió.

Mientras tanto, Matías había muerto, y su sobrino Fernando II lo sucedió en el trono imperial. La situación del nuevo emperador parecía irremediable. Bohemia se había declarado en rebelión abierta, y contaba con el apoyo de la Unión Evangélica y de Inglaterra. Los poderosos vecinos escandinavos, Dinamarca y Suecia, amenazaban con intervenir en la disputa. Y Fernando no contaba con un ejército capaz de oponerse a tal alianza.

En esas circunstancias, no le quedó más remedio al Emperador que acudir a los recursos de la Liga Católica y de su jefe Maximiliano de Baviera, que había sido su compañero de juventud. Maximiliano juntó todos sus recursos y se lanzó a la aventura desesperada de invadir a Bohemia. Puesto que sus fondos eran escasos, no hubiera podido mantener sus ejércitos allí por largo tiempo, y los bohemios pudieron haber vencido con solo esperar unos meses a que llegara el invierno. Pero Praga se veía amenazada, y los rebeldes ofrecieron batalla con resultados desastrosos. Su ejército fue destruido, y Federico tuvo que huir. Pronto los rebeldes se rindieron, y Fernando quedó restaurado en el trono que antes le habían negado.

LA ERA DE LOS DOGMAS Y LAS DUDAS



La rendición de Breda: la ocupación española de los Países Bajos, 1625, por Velázquez.

Nadie acudió a socorrer al depuesto y fugitivo Federico. Poco antes, en el verano de aquel mismo año de 1620, un ejército español se había presentado en Alemania para defender los intereses de Fernando II y de la casa de Austria (que también reinaba en España). Jaime de Inglaterra estaba demasiado envuelto en negociaciones con los españoles para intervenir a favor de su desafortunado yerno. A la postre, la Liga Evangélica se disolvió, y tanto Federico como los bohemios quedaron abandonados a su propia suerte. El Emperador hizo que los nobles declararan a Federico depuesto como elector del Palatinado, y que le confirieran esa dignidad a Maximiliano de Baviera, en premio por su intervención en los asuntos de Bohemia. Tanto en Bohemia como en el Palatinado, las consecuencias no se hicieron esperar. En Bohemia los principales jefes protestantes fueron ejecutados. A muchísimos otros se les privó de sus propiedades. Se decretaron leyes prohibiendo alojar o ayudar en cualquier modo a los pastores luteranos o husitas. Cada vez eran más los que sufrían por su fe. Por último, se dictaminó que para Pascua de Resurrección de 1626 quien no estuviera dispuesto a hacerse católico tendría que abandonar el país. El resultado de todo esto fue tal, que se calcula que en los treinta años que duró la guerra la población de Bohemia disminuyó en un ochenta por ciento. También en el Palatinado, que era mayormente calvinista, Maximiliano de Baviera y los jesuitas siguieron una política semejante, y pronto hubo multitudes de exiliados vagando por otras partes de Alemania.

La intervención danesa

Los triunfos de las armas católicas causaron gran consternación entre las potencias protestantes. Además, no se trataba únicamente de una cuestión de religión, sino también de política dinástica. La Casa de Austria, que reinaba en España, y a la cual habían pertenecido por varias generaciones los emperadores de Alemania, se estaba volviendo demasiado fuerte. Por tanto, a fines de 1625, Inglaterra, Holanda y Dinamarca se unieron en una Liga Protestante cuyo propósito era invadir el Imperio y restaurar al depuesto elector del Palatinado, Federico. Para ello contaban con el apoyo de varios príncipes protestantes alemanes, y hasta con la simpatía de algunos católicos, que temían que el creciente poder de los Austria los aplastara, como había hecho con Federico.

Por su parte, Fernando II buscaba el modo de independizarse de la Liga Católica y de Maximiliano de Baviera. De hecho, las victorias obtenidas en Bohemia eran de la Liga y de Maximiliano, y no del Emperador. Por ello, este último apeló a Alberto de Wallenstein, quien se había enriquecido comprando a bajísimo precio las propiedades confiscadas de los protestantes en Bohemia, y se mostraba partidario decidido de los Austria. En parte con sus propios fondos, y en parte con los del Emperador, Wallenstein juntó un ejército cuyo propósito era servir los intereses de la casa de Austria.

Luego, cuando Cristián IV de Dinamarca invadió los territorios imperiales, eran dos los ejércitos que se le oponían, el de la Liga y el de Wallenstein.

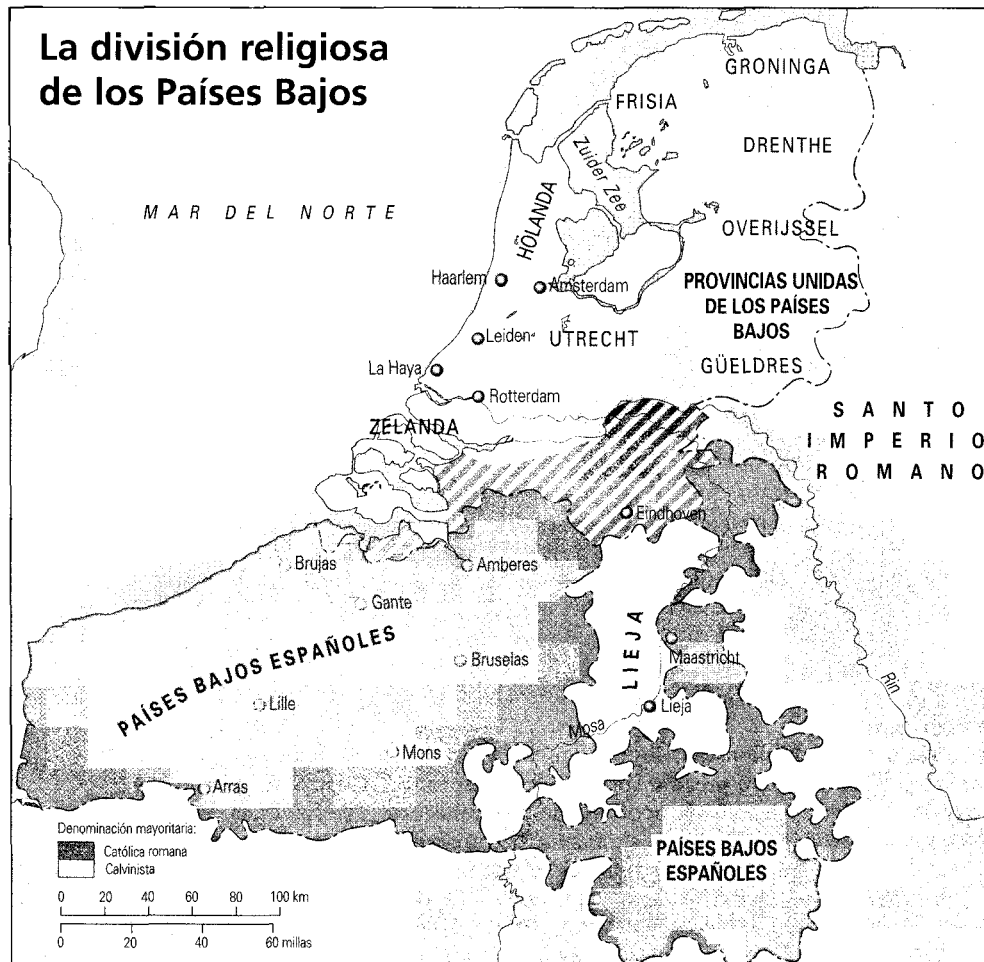
La guerra tuvo entonces sus altas y bajas, y hasta hubo un momento en el que pareció que el ejército de la Liga Católica, bajo el mando del general Tilly, se disolvería. Pero Wallenstein logró algunas victorias, y los daneses se vieron forzados a disminuir su presión sobre Tilly a fin de enfrentarse a Wallenstein. El ejército de Tilly aprovechó la oportunidad para rehacerse. Por fin, en la batalla de Lutter, Cristián IV y sus aliados alemanes fueron derrotados.

Mientras Tilly, siguiendo las instrucciones de Maximiliano de Baviera, ocupaba buena parte de los territorios protestantes del norte de Alemania, Wallenstein se preparaba para invadir las posesiones de Cristián IV, y llevar la guerra a Dinamarca. Pero en esto Wallenstein fracasó rotundamente. Sus esfuerzos por adueñarse de las costas del Báltico no tuvieron buen éxito. Los recursos escaseaban, y Suecia se oponía a los designios de Wallenstein. Por fin, Fernando II y Cristián IV hicieron las paces mediante el Tratado de Lubeck. Según ese acuerdo, firmado en 1629, el Rey de Dinamarca se retiraría de la contienda, y sus territorios le serían devueltos. En consecuencia, todo lo que se había logrado era bañar una vez más en sangre el norte de Alemania, y dejar a la población sumida en una miseria espantosa. Como antes en Bohemia y en el Palatinado, ahora en zonas más extensas se siguió la política de conversiones forzosas al catolicismo, inspirada principalmente por Maximiliano de Baviera.

La intervención sueca

En 1611, cuando contaba diecisiete años de edad, Gustavo Adolfo heredó el trono sueco. Se trataba en verdad de una pobre herencia, pues el país se hallaba

LA ERA DE LOS DOGMAS Y LAS DUDAS



dividido en numerosas facciones y los daneses ocupaban buena parte del territorio nacional. Pero el joven rey supo gobernar, y poco a poco fue unificando el país y desalojando al invasor, hasta que logró establecer su autoridad sobre buena parte del Báltico. Empero, mientras tomaba las riendas del poder en su propio país, Gustavo Adolfo nunca perdió de vista el conflicto que estaba teniendo lugar en la vecina Alemania. El creciente poderío de la casa de Austria le preocupaba, pues temía que, si el Emperador y sus aliados no encontraban quien pusiera coto a sus ambiciones, pronto tratarían de adueñarse del Báltico a expensas de Suecia. Además, Gustavo Adolfo era luterano convencido, y se dolía profundamente de las atrocidades que se cometían contra los protestantes en Alemania y en Bohemia, y del modo en que los príncipes alemanes ponían sus intereses personales por encima de la unidad necesaria para oponerse a los designios del Emperador y de la Liga Católica.

Mientras tanto, Fernando II, celoso de los triunfos y de la fama de Wallenstein, y seguro de poder retener lo conquistado, despidió al aventurero que había organizado su ejército. Por tanto, cuando en 1630 Gustavo Adolfo invadió los territorios imperiales, Fernando se vio obligado a acudir una vez más al ejército de la Liga Católica, bajo el mando del general Tilly. La habilidad militar del Rey de Suecia era tal, que generaciones más tarde Napoleón diría que fue uno de los más grandes generales de toda la historia. Pero al principio su campaña fue difícil. Los príncipes protestantes no se decidían a prestarle apoyo, a la vez suspicaces de las intenciones del invasor extranjero y temerosos de las represalias del Emperador. Por varios meses, el ejército sueco marchó lentamente, estableciendo su autoridad en el norte de Alemania. En sus conquistas, la conducta de aquel ejército fue ejemplar, pues se abstenía por completo de los robos y rapiñas que habitualmente cometía la soldadesca, de cualquier bando. En las ciudades conquistadas, trataban a los habitantes con decoro y moderación. Aunque el Rey y sus soldados eran protestantes, no pretendían imponer su fe sobre los católicos, sino solo volver a establecer el equilibrio que había existido antes de comenzar la guerra. Por tanto, poco a poco, Gustavo Adolfo se fue convirtiendo en un héroe legendario. Cuando Francia le ofreció ayuda monetaria en su campaña contra los Austria, la aceptó únicamente a condición de que quedara bien claro que no se trataba de desmembrar a Alemania, y que ni siquiera una aldea alemana pasaría a la jurisdicción francesa. Los príncipes protestantes de Sajonia y Brandeburgo, que hubieran preferido no participar en la contienda, se sintieron por fin obligados a apoyar a los suecos. Apresuradamente, Fernando II recurrió de nuevo a Tilly y a los ejércitos de la Liga Católica. Estos sitiaron a Magdeburgo con la esperanza de que Gustavo Adolfo acudiría en auxilio de la plaza sitiada, donde sus tropas quedarían entre dos fuegos. Cuando el sueco siguió su marcha sin auxiliar a Magdeburgo, Tilly y los suyos tomaron la ciudad y produjeron en ella una horrenda carnicería. El contraste entre tal conducta y la de las tropas suecas era notable, e hizo que muchos se inclinaran hacia el invasor extranjero, que se mostraba menos dispuesto a destruir vidas alemanas que los propios naturales del país.

Tilly se vio entonces obligado a presentar batalla, y fue decididamente derrotado en los campos de Leipzig. Aprovechando la ventaja así obtenida, Gustavo Adolfo envió a sus aliados sajones a invadir a Bohemia, mientras él penetraba hacia el sur de Alemania. En Wurzburg, derrotó de nuevo a Tilly, y otra vez más junto a las aguas del río Lech. Esta última victoria le abrió el camino para la conquista de todo el territorio de Baviera, el principal miembro de la Liga Católica. Pronto hubo jefes católicos que se acercaron al Rey sueco para negociar la paz. Gustavo Adolfo les ofreció términos magnánimos. Solamente exigía que hubiera tolerancia tanto para los católicos como para los protestantes, que se le devolvieran sus antiguos derechos al reino de Bohemia, que Federico recibiera de nuevo sus territorios del Palatinado, y que se expulsara a los jesuitas del Imperio.

Mientras tanto, el emperador Fernando II acudía a Wallenstein, pidiéndole que levantara un nuevo ejército, y que se pusiera al mando de las tropas imperiales. El famoso militar no accedió sin antes arrancarle a Fernando tantos derechos y privilegios que prácticamente era él el verdadero emperador. Cuando por fin salió al campo de batalla, Wallenstein atacó primero a los sajones, que se habían posesionado de Praga, y los obligó a retirarse. Cuando se le unió lo poco que quedaba del ejército de la Liga, marchó por fin contra Gustavo Adolfo. Pero las

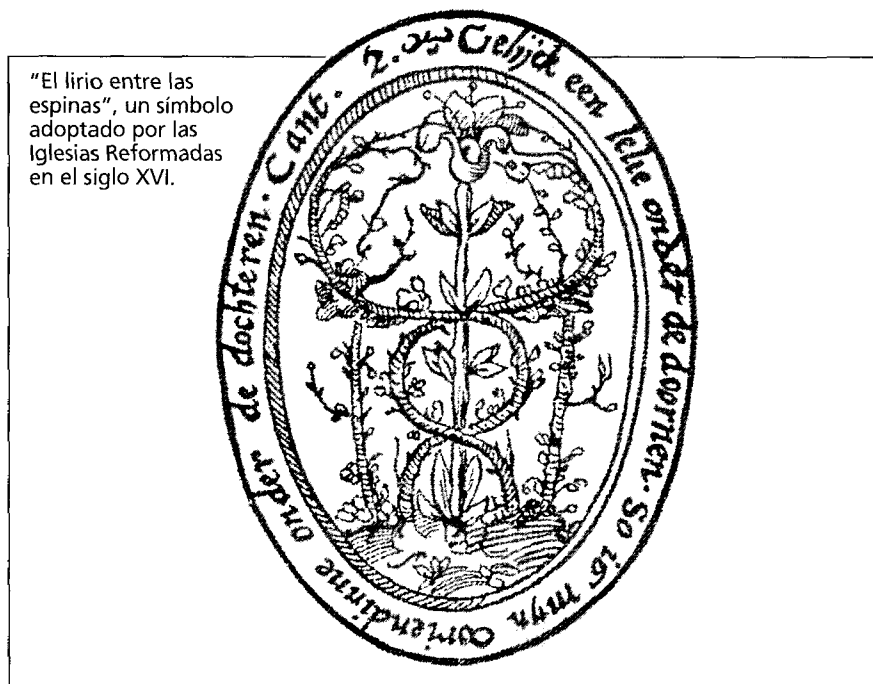
LA ERA DE LOS DOGMAS Y LAS DUDAS

crudeles cometidas por sus tropas en la marcha fueron tales que por todas partes se aclamaba al sueco como un verdadero libertador.

Por fin los dos ejércitos se encontraron en los campos de Lutzen. La batalla fue sangrienta, y en medio de ella Gustavo Adolfo cayó herido de muerte. Pero los suecos no se acobardaron por ello, sino que, al saber que el cuerpo de su soberano había sido ultrajado por el enemigo, se lanzaron sobre él con tal redoblado ímpetu que el ejército de Wallenstein fue destrozado.

Siguió entonces un largo período de indecisión. Wallenstein se retiró a Bohemia con el resto de sus tropas. El canciller Oxel Oxenstierna, a quien el gobierno sueco nombró representante de la corona, deseaba la paz, que pudo haberse logrado entonces a base de los términos ofrecidos antes por Gustavo Adolfo. Pero los militares suecos, que se habían acostumbrado a vivir de la guerra, no querían que terminara. A ellos se sumaron varios nobles alemanes, que esperaban hacerse de territorios a base de la guerra, y a quienes por tanto los términos ofrecidos por el difunto Rey no favorecían. Durante varios meses, mientras Oxenstierna se ocupaba de las negociaciones, la guerra se limitó a escaramuzas y marchas y contramarchas. Pero siempre resultaba claro que la victoria era de los suecos y sus aliados protestantes. Lo poco que quedaba de los ejércitos de la Liga Católica sufrió repetidas derrotas.

El único recurso que le quedaba entonces al Emperador era el remanente del ejército de Wallenstein. Pero éste no se mostraba dispuesto a emprender una gran campaña, y se limitaba a pequeñas excursiones en Bohemia y Silesia. Poco a poco la corte imperial se fue percatando de que Wallenstein no tenía razón alguna para defender su causa. ¿Por qué lanzarse de nuevo al campo de batalla para defender



la casa de Austria, que antes lo había despedido ingratamente, o para salvar los territorios de su rival Maximiliano de Baviera? ¿Qué le importaba a él la causa católica, cuando resultaba claro que muchos alemanes la odiaban, que estaban cansados de la guerra, y que seguirían a quien hiciera la paz?

De hecho, si Wallenstein no se movía de Bohemia, era porque estaba negociando secretamente con los suecos, los franceses y los protestantes alemanes. A todos estaba dispuesto a concederles lo que pedían, a expensas del Imperio y de Maximiliano de Baviera. Los suecos serían indemnizados con territorios en las costas del Báltico. A los franceses se les concederían las plazas alemanas en la orilla izquierda del Rin. Y a los nobles alemanes que exigían territorios se les darían los de Maximiliano y otros de sus allegados. Pero todo esto debía hacerse pronto, pues se acercaba un ejército español que de nuevo le daría cierta beligerancia a la casa de Austria.

Tales negociaciones no pudo hacerlas Wallenstein sin que llegaran rumores a la corte imperial en Viena. El resultado fue que él y varios de sus principales subalternos fueron asesinados, aunque no está claro si fue el propio Emperador quien dio la orden homicida.

Los representantes del Emperador tomaron entonces la dirección del ejército de Wallenstein y, apoyados por tropas españolas, lograron varias victorias importantes. Durante casi cuatro años pareció que el partido del Emperador saldría vencedor, y por lo tanto la alianza formada por Gustavo Adolfo empezó a derrumbarse.

En tales circunstancias, Oxenstierna no tuvo otro remedio que acudir a los franceses, que a partir de entonces intervinieron más activamente en la contienda. Además, los suecos hicieron las paces con Polonia, con la que habían estado en guerra por algún tiempo, y de ese modo tuvieron más recursos que invertir en la guerra en Alemania. Empero, cuando los franceses y los suecos parecían estar a punto de aplastar al partido del Emperador, Dinamarca intervino atacando a Suecia, y la lucha se prolongó.

Estos últimos años de la guerra fueron los más confusos. La mayor parte de los contendientes había olvidado las causas originales del conflicto, y cada cual peleaba por sus propios intereses. Es por esto que, aunque al principio el partido imperial luchaba por exterminar el protestantismo, y sus contrincantes por protegerlo, a la postre los daneses, que eran luteranos, acudieron en auxilio del Emperador, mientras Francia, cuyo primer ministro era nada menos que cardenal de la iglesia romana, se aliaba a los suecos para derrotar a la casa de Austria.

Pero lo más trágico fue la destrucción de vidas y haciendas que tuvo lugar en aquellos treinta años de guerra. El único ejército que respetó los principios de la misericordia y la equidad fue el de Gustavo Adolfo, y esto solo en vida del Rey. Los demás vivían de la rapiña, y su principal pasatiempo era ultrajar, no solo a los vencidos, sino también a los habitantes de las comarcas por donde pasaban. En treinta años de marchas y contramarchas, difícilmente quedó algún rincón de Alemania que no fuera asolado varias veces.

La Paz de Westfalia

Por fin hasta los más sanguinarios estaban cansados de la guerra y su destrucción. Fernando II había muerto en 1637, y su hijo y sucesor Fernando III, aunque

LA ERA DE LOS DOGMAS Y LAS DUDAS

fiel católico, no participaba del espíritu intolerante de su padre. Los alemanes veían su país invadido por tropas extranjeras, tanto a favor de un bando como del otro. Los suecos habían sostenido un ejército en el campo de batalla por largo tiempo. Francia sabía que el momento era propicio para obtener las mejores concesiones. Por tanto, tras largas y complicadas negociaciones, se llegó a la Paz de Westfalia, que se firmó en 1648 y le puso fin a la Guerra de los Treinta Años.

Los principales vencedores resultaron ser Suecia y Francia, pues la primera recibió amplios territorios en las costas del Báltico y del Mar del Norte, y la segunda extendió sus fronteras hasta el Rin. Puesto que así convenía tanto a Francia como a Suecia, los diversos príncipes alemanes recibieron mayores poderes, en perjuicio de la autoridad imperial. En consecuencia, quien perdió la guerra fue el Emperador, cuyo poder sobre su supuesto imperio quedó grandemente reducido.

En el orden de lo religioso, se decidió que cada cual podría seguir su propia religión, siempre que ésta fuese la católica, la luterana o la reformada, y que esa libertad se extendería, no solamente a los príncipes, sino también a sus súbditos. Tras una serie de negociaciones, se llegó a la decisión de que cada edificio o institución religiosa sería de la confesión a que hubiera pertenecido en 1624. Además, se concedió una amnistía total (excepto en los territorios hereditarios de los Austria) a quienes en el curso de la guerra se hubieran rebelado contra sus señores.

Tales fueron los resultados de aquella cruenta guerra que duró treinta años. Pero hubo también otros resultados que, si bien no aparecieron en los tratados de paz, no por ello eran menos ciertos. Los principios de tolerancia a que se llegó en la Paz de Westfalia no provenían tanto de una mejor comprensión de la caridad cristiana, como de una creciente indiferencia hacia las cuestiones confesionales. La guerra había dado muestras más que suficientes de los horrores que podían tener lugar cuando se intentaba determinar cuestiones religiosas mediante el poder armado. ¿Qué se había resuelto a la postre? Nada. ¿Por qué entonces no dejarles las cuestiones teológicas a los teólogos, y resolver las políticas a base de los intereses de cada príncipe o cada estado?

De tal actitud, se pasó pronto a la duda acerca de lo que los teólogos afirmaban. ¿Qué garantías tenían los teólogos de las diversas confesiones al afirmar tal o cual doctrina? ¿Cuán cierta podía ser una doctrina cualquiera capaz de producir los atropellos recién vistos? ¿No habría un modo más tolerante, más profundo, y hasta más cristiano de servir a Dios, que dejarse llevar por el fanatismo de una u otra ortodoxia?